XXIII ENCUENTROS EN EL NORTE- 2021

PRIMER DIA

¿POR QUE HAGO TEATRO?

¿Por qué hacemos los Encuentros en el Norte? ¿Por qué hacemos los Encuentros en el Norte durante veintitrés años? ¿Por qué hacemos Los Encuentros de Teatro en medio de esta pandemia?

Es bueno hacerse estas preguntas de vez en cuando, tanto cuando se es joven, como la mayoría de vosotros, y estáis al comienzo de una prometedora carrera teatral, o cuando uno ya ha entrado en la sesentena como yo, y casi está en momento de balance y recopilación.

Entonces, ¿por qué sigo haciendo teatro?

Hago teatro porque lo necesito. Hago teatro porque es mejor actuar que vivir. Hago teatro porque me gusta sentir el silencio de los espectadores mientras actúo. Hago teatro porque me hace reír, llorar, reflexionar, sentirme vivo. Hago teatro en grupo porque necesito compañía. Hago teatro en grupo porque no sabría ser un actor por libre. Hago teatro porque quiero decir algo. Hago teatro porque no tengo nada que decir. Hago teatro porque no puedo dejar de hacerlo. Hago teatro porque no tengo otro lugar a dónde ir. Hago teatro para que me quieran, que decía Lorca. Y hago teatro para poder ir a ese lugar donde una colectividad se reúne libremente para compartir memoria, miedos y esperanzas. Ese lugar donde la carne del actor y la del espectador comparten un mismo presente. Respiran, viven y envejecen al mismo tiempo. “El teatro es el único

lugar donde todavía ocurren cosas en vivo", decía Heiner Müller, y añadía, "que lo especifico del teatro no es solo la presencia del actor vivo y del espectador vivo, sino la presencia del actor que muere y del espectador que muere. El teatro no puede ignorar que en el momento en que uno está vivo, uno se está acercando a la muerte. Eso es algo que el teatro, a diferencia del cine, no puede ignorar" Cada vez que ves "Casablanca" tu puedes ser una persona diferente, pero Bogart siempre es el mismo. El teatro, por el contrario, está siempre en lucha constante contra muerte.

Mas que saber por qué o para qué hago teatro, es más útil saber contra quien hago teatro. Hago teatro contra la indiferencia, contra la incultura, contra la tristeza, contra el olvido. Hago teatro para preservar la memoria. Hago teatro para provocar determinadas reacciones en el público. Hago teatro para que la gente ría, llore, reflexione, se sienta viva. A veces lo consigo. Otras veces no. Pero lo sigo intentando. El teatro es el arte de la resistencia.

Pero también sé que hago teatro gracias a otros, después de otros, siguiendo los pasos de otros. Hago teatro porque otros lo hicieron antes. Porque me he ido enamorando continuamente de los espectáculos de otros, vivos o muertos, y gracias a esos enamoramientos constantes he ido aprendiendo a hacer teatro. Recuerdo el momento en que vi por primera vez un montaje del Odín, de Teatro Nucleo, de Peter Brook, de Kantor, de Pina Bausch, de Arianne Mnoochkine, de… Hacer teatro es un acto de amor, pero también es un acto de robo. Hacer teatro siguiendo las huellas de los que nos precedieron. Hacer teatro sabiendo que pertenezco a eso que Barba llama el pueblo secreto del teatro.

Y hago teatro para crear belleza.
Es obvio que cuándo haces teatro lo haces para representarlo, pero las circunstancias del mundo que ahora nos toca vivir son duras y no siempre puedes representarlo. Unas veces por ser demasiado joven y otras por ser demasiado mayor. Este país siempre ha sido muy ingrato con su teatro, con sus artistas. Por eso, a veces, dan ganas de emigrar, y vosotros sois jóvenes y estáis en edad de al menos intentarlo. Sobre todo ahora, en que el gobierno está destrozando la cultura, el teatro, para hacer de ella un negocio, una mercancía, un divertimento solo apta para privilegiados. El teatro libre y gratuito para todos, el teatro para el que lo trabaja, como la tierra. Por eso no es posible hacer teatro y no hacer política. El origen del teatro occidental es político. Y es artesanía. Y la artesanía necesita tiempo. Si el teatro deja de ser artesanía, perdemos todos. El teatro me ha enseñado a cultivar la paciencia. Soy impaciente y tiendo a precipitarme, pero la precipitación no es buena, no hay sabiduría en ella. Y el teatro también me ha enseñado a conocerme mejor, a transforme día a día con su práctica.
Ya sé que en estos años sombríos no es fácil vivir del teatro. En este país, el teatro y el arte en general, siempre han estado en crisis, en perenne precariedad, pero ahora más que de precariedad de lo que tenemos que hablar es claramente de su muerte, de su asesinato.
Y los dirigentes de este país tendrán que ser juzgados como responsables del asesinato de la cultura, por que más que nos digan una y otra vez que si el COVI, que si no hay dinero. El dinero no desaparece, solo cambia de manos. Morirán y no podrán llevar a la tumba sus ingentes cantidades de dinero. Pese a lo que creen, no son inmortales. El teatro sí. Su propia conciencia de

mortalidad lo hace a la vez inmortal. Ellos tendrán el dinero, los grandes teatros, el poder. Pero nosotros, que no tenemos un lugar a donde ir, que estamos inmersos en este viaje a ninguna parte, que tenemos como única patria el teatro, estamos aquí, un año más, y ya son veintitres, para crear belleza. Para creer por encima de todo en eso que llamamos teatro, que nos permite ser libres, que nos permite cambiarnos y cambiar el mundo. Y que, sobre todo, nos ha permitido, a los largo de estos veintitres años, alejarnos del mundo por unos días, encontrarnos, reconocernos, respetarnos y querernos en este espacio donde todos nuestros sueños pueden hacerse realidad

Bienvenidos, pues, a vuestra patria, a vuestra casa, a este pequeño archipiélago de de islas flotantes, de relaciones interpersonales, que forman este milagro, único e irrepetible, independiente y diferente, que llamamos Encuentros en el Norte.

26-8-21

SEGUIR LAS HUELLAS (XXIII ENCUENTROS EN EL NORTE)

Le oí decir a Eugenio Barba que las Escuelas de Teatro en Europa vivían un drama, dado que, todo lo que enseñaban, no serbia. Que cada grupo de teatro era una escuela y que había tantas escuelas como grupos de teatro.

Hay una enseñanza oficial, generalista, cuya misión es proveer de actores al mercado laboral, aunque salgan de las Escuelas más alumnos de los que el teatro puede absorber. Y hay otra enseñanza, no generalista, que se sustenta en la trasmisión de la experiencia del maestro al alumno. Un maestro que enseña al alumno a aprender a comprender. Un maestro que no solo enseña su experiencia sino también lo que quiere aprender.

Y por maestro no entendemos el viejo sabio del poema de Brecht, sino alguien, casi siempre soñador con los ojos abiertos, que muestra al alumno su manera de entender y practicar el teatro. Esa manera que, sin darse cuenta, va a ir transformando por dentro al alumno. Un maestro que no enseña la teoría, sino la experiencia.

Para que esta enseñanza, particular y pormenorizada, se produzca hace falta la fe ciega, la curiosidad ciega del alumno, y la entrega, exigencia y cariño del maestro. Es una enseñanza casi siempre "al aire libre", con evaluación constante, con pruebas exigentes a plena luz del día, con el cariño exigente del maestro.

Curiosamente, en nuestro país son muy pocas las compañías que tienen una escuela así: Atalaya, Kabia, Cristina Samaniego, Cambaleo… Una Escuela donde trasmitir la experiencia de muchos años, donde transmitir la ética del teatro, además de sus particulares formas y maneras. ¿Por qué esta ausencia de las Escuelas no oficiales? ¿Poco interés de los alumnos? ¿Poca calidad de los pedagogos?

Pero si hablamos de pedagogía teatral, no podemos olvidar esas otras formas de enseñanza, esos otros caminos de la experiencia, a veces bien distintos de la enseñanza oficial. Haría falta que todos los que se acerquen al teatro tuviesen más olfato, como decía Boadella en el espectáculo "El nacional", mas olfato para orientarse en esta selva del teatro, para encontrar la huellas del maestro y tener el valor y curiosidad de seguirlas, para terminar por encontrar su lugar en el mundo teatral. Posiblemente nunca tendrás un titulo ni podrás hacer un máster, pero habrás vivido una experiencia, habrás perdido el miedo a lo descomido y habrás hecho de tu curiosidad virtud. No tendrás un documento que certifique tu maestría, pero si un fuego interior que, cada vez que subas al escenario, te hará irrepetible y te cambiará a ti y al espectador que te admira.

Si hoy, más que nunca, necesitamos un teatro nuevo, este no será posible sin un actor también nuevo. Un actor que camine en la arena siguiendo las huellas del maestro, aunque, por desgracia, las olas las borren con mucha facilidad.

Etelvino Vázquez

7-5-20